

Pero volvamos a Elena, ¿en qué pensaba? Hizo aquí: Aquella mañana se le había ocurrido hacer en una lancha automóvil, una excursión en compañía de algunos amigos. Se habían internado río adentro cuando notaron que el motor no respondía en sus debidas condiciones, momentos más tarde se detenía a un centenar de metros de una hermosa nave de guerra. No sabiendo cómo volver, pidieron ayuda, una vez a bordo, allí se conocieron. Heriberto, era el jefe absoluto, y a su orden, un oficial maquinista y algunos mecánicos arreglaron el motor de la embarcación.

Durante las tres horas que permanecieron a bordo, los excursionistas visitaron el navío y departieron amigablemente con Heriberto.

Ambos sentían una atracción extraña. El, más fuerte, logró disimular. Cada vez era mayor aquella especie de hipnotismo reciproco, ella hubiera querido romperlo, desahogar y decirle: Tú eres el único a quien yo soy capaz de amar. Pero esto era imposible, un pudor desconocido la invadía, su facultad expresiva no era la de siempre, la palabra no respondía al pensamiento, y sobre sus labios trémulos, el corazón enmudecía la frase; pero hablaba en sus ojos el mandato supremo con el misterioso aletear de castas y nubiles palomas blancas que parecían descender de la siderea esfera como céleste anunciacón divina para elevar dos almas al excelso pínculo y precipitarlas al horrendo baratro envueltas en un resplandeciente halo de pura y candida luz...

En él, pensaba Elena, ella quería ser mimada y acariciada por él, dormirse como una niña entre sus brazos, mirarlo y suspirar, oír sus frases y vertir lágrimas de amor... ¡Oh, si esa esperanza, si ese anhelo, ese sueño se realizará!... Ella, por primera vez creía en una casualidad, en un dios, en un destino bienhechor que ampara, protege y une fervientes deseos. Sabía que todo era un sueño; pero no ignoraba que los sueños de amor son los que se materializan, y dejaba que la tormenta creciera, ¿qué podía hacer ella para contrarrestar su pujanza? Pensaba en su vida y en su honor perdido, y una voz le decía en el alma: Lo que tiene de más precio una mujer debe guardarlo para un hombre que a su debido tiempo llegará. Ella lo había vendido, había comerciado con su castidad y ahora se lamentaba; más, ¿qué podía hacer? Sentirse vencida de antemano, y al sólo pensamiento de ser reprendida, un estremecimiento corría por todo su ser agitándola como leve hoja que saseude la furia indómita del vendaval rugiente.

El cigarrillo cayó de sus dedos, poco después dormía, dormía y soñaba, una sonrisa de amor se dibujó en su entreabierta boca, y el hiló silbante de un suspiro conmovía su maravilloso y ebúrneo seno.

Elena, le había ofrecido su casa, y, pocos días después, una tarde, tuvieron el placer de hallarse juntos.

Heriberto, quedó deslumbrado frente a tal magnificencia; pero como, no le incumbía preguntar, no dijo nada.

La conversación después de ser animada, languidecía por momentos. Ambos callaron. Sentados muy cerca el uno del otro, meditaban. Elena, decidida a manifestar en un susurro los latidos de su corazón, ya que él no lo hacía. Intenso rubor bañaba con rojas olas sus nacaradas mejillas, sus ojos miraban al suelo, y en tal actitud, Heriberto, la contemplaba cuán hermosa era, sintiéndose arrebatado de admiración y de amor.

Este rubor había ido a aquella casa, ¿quién había guiado sus pasos?

